

## ¿Qué es un cuerpo?

Por Natalia Monasterolo

En *Loba esteparia*, un ensayo escrito a propósito de la obra biográfica de Susana Thénon, Victoria Alcalá dice “que un cuerpo no es sólo eso”.

No sólo “un campo de batallas, el recordatorio tangible de que somos perecederos”, sino también la “ocasión para el encuentro erótico, la huella de la violencia o del olvido, del lazo con los otros [otres] y de los pactos con el mundo”.

Porque “en el cuerpo se guardan las memorias más íntimas, las fantasías y pesares más profundos de la realidad psíquica de un sujeto. Pero sobre todo, un cuerpo, es motivo de escritura”<sup>1</sup>.

Quizá por eso Amanda, que sabe del gusto con que pinta el paladar la comida casera, que ha conocido el abrazo caliente de la madreabuela, que comprendió que la muerte puede ser, todavía más maldita...y violenta. Que va, viene y va, para regresar ahí nomás, pegadito, a sus ancestas. Quizá por eso Amanda se hace escritura en la voz que narra y le pide a su hermana, mientras el aborto va agenciándose en su cuerpo, que le cuente cosas; las cosas que ella nos cuenta.

El libro escrito por Laura Rosso es un cuerpo que respira y late, uno que menstrúa; fuerte. Un cuerpo rojímarrón.

Está presente ahí, al comienzo, cuando Amanda recuerda que la abuela Irene, que era bruja y abortera, había guardado por años un enigma; la imagen estaba en su retina:

“Habían revoleado un poncho con un feto adentro para el lado del cañaveral (...) Se bajaron cerca de las cañas y corrieron hasta donde no había más camino. Ahí pararon y la que tenía el poncho lo arrojó tan lejos como pudo. La otra siguió el recorrido con la mirada. Cuando lo vieron caer volvieron apuradas hasta la moto, se subieron, la pusieron en marcha y se fueron (...) Había una denuncia y la policía llegaría pronto a la casa. Tuvieron que tomar esa decisión”.

Tuvieron que tomar esa decisión, porque antes, otros, decidieron que no.

---

<sup>1</sup> Susana Thénon. *Loba esteparia*. Victoria Alcalá. Ed. Lamás Médula. Bs. As. Argentina. 2020, pág. 50.

Como dice Jimena, en una ronda de socorras: "...peor aún es que siento que crece y me saca las energías, como si fuera un alien adentro mío".

Y yo, mientras leo y la escucho, mientras el libro rojimarrón me mira de frente. Recuerdo a Paola, a la que mandaron a la cárcel por más de diez años, porque después de bancarse un embarazo no querido y soterrado, parió dolores una fría mañana en el baño. Sin saber qué hacer, porque allá en la pieza respiraba el viejo, envolvió al feto en una bolsa y salió a la vereda en camión; dejó el bulto en un basurero. La policía llegó al rato, una vecina había llamado. Paola abrió la puerta, todavía tenía gotas de sangre sobre las chinelas.

Pero también pienso en la Nati, una amiga. Quien pudo abortar con amorosidad. Porque conocía de las redes socorras, porque la orientaron y porque me contó, así, como cuenta Jimena, que eso que tenía adentro se la estaba tragando "Fue una liberación", me dijo: "Un alivio".

Y entonces me desvelo. Pierdo el sueño una noche entera para terminar de leer el libro.

Ahí están esos microlazos de la amorosidad, como me gusta llamar a estas formas de hacer feminismo. Un feminismo del lazo, pequeño, atento, detallista, cálido. No, no es macro, que con sólo cambiarle una letra suena como "macho"; es micro.

Ahí están digo. Los sillones y las camas de los departamentos prestados; como para Julia, que abortó en la casa de una socorrista porque no iba a tener otro lugar para atravesar el proceso tranquila. Ahí, los mates con pizza fría, el chocolate calentito, el olor a plantas, a mantas, la humedad del abrazo, el dolor convertido en un canto, el aceite crujiente de las papas fritas. Ahí todas esas experiencias de recuperación, porque nuestra cuerpo es un territorio y la juntura un archipiélago.

Me llegan los olores, las imágenes, los colores. Me llegan y en un punto lo que esta lectura despierta es un tejido de sensaciones. Y ya no sé si lo que leo es lo que leo o imagino ¿Será que mi cuerpo se mueve? ¿se deja tocar por estas letras? ¿Será que una escritura tan política, tan genuinamente política, puede convertirse en tacto?

Sigo. Sigo porque quiero saber. Sigo porque así es cuando una historia te prende. Seguís.

La historia de Amanda define la pintura. Si el lienzo blanco ya ha desaparecido con el ritmo de las narrativas socorras, los recuerdos de Amanda lo rebasan de pinceladas. Y no, no es un cuadro cargado, es un cuadro sincero.

Porque no sólo aparece la abuela, la que le hubiera dicho con esa potencia que cargan en la voz las ancestras: “abortá y sanseacabó”. También está su madre, la que supo gritar “Muerte andate” cuando encontró desecho en el suelo por el golpe el cuerpo de su padre: “La yegua costaló, papá se cayó y se golpeó fuerte la cabeza”, dijo esa vez la abuela. Muerte andate, muerte andate, andate, gritó ella, y después, la muerte femicida se la llevó puesta. Y está Rita, con su mano hermana, la que se vino del sur para acompañarla en el aborto, a la que le pidió que le contara cosas, cosas que la hagan reír “¿Te acordás que la abuela decía prejil en lugar de perejil?”

Justo la abuela, la abuela Irene, le había contado que a la menstruación le decían regla. Y Amanda se pregunta entonces ¿A cuántas reglas nos obligaron? Para recordar más tarde, que tenía trece años cuando se sentó con las piernas abiertas delante de un espejito redondo: “Vi mi concha, abrí los labios mayores y menores y observé la uretra, por donde hago pis. Me toqué el clítoris. Nos vemos la sangre una vez al mes, pensé. La vemos caer sentadas en el inodoro. Manchas difusas en el agua”.

Yo me pregunto entonces, porque este libro no hace más que armar preguntas ¿Cómo eludir los controles? ¿Cómo quitarse del cuerpo lo que molesta? ¿lo que no se quiere? ¿lo que no se desea? ¿Cómo hacer de nuestras experiencias menstruales un grito político? Carmesí, como dice Amanda, un grito carmesí. Y me viene a la mente que incluso de los modos más amigables nuestro flujo menstrual mes a mes se sigue ocultando. Se tira, se desecha, en el mejor caso se vierte en una maceta, pero todavía no vamos, y quizá deberíamos, con la mancha en el culo y en la entrepierna. Mostrándole al mundo que sí, no estamos gestando, estamos sangrando.

Y todavía hay más, porque siempre, siempre, hay para decir cuando se trata de abortar; del derecho a decidir.

La experiencia de Amanda como socorrista, sumarse a la grupa, acompañar el aborto de Luna quien traía una boina verde oliva y la boca pintada de rojo. Encontrar que ahí también estuvo la abuela “jugando a la fiesta de las palabras inventadas”.

Las palabras, las palabras que se inventan, que se tejen, que construyen, que sanan. No, no son redes, mejor todavía, son finas telas de araña.

Por eso casi al final del libro, ahí, cuando irrumpe la pasión, la parte de las piernas entrelazadas y Amanda dice que “fue trayendo esta historia” una “historia que la

construye”, igual que “quien tira de un hilo que asoma y, en ese movimiento, trae el ovillo entero”. Por eso cuando leo eso y viajo hacia atrás como si las letras de este libro fueran una cartografía para mirar con la espalda. Por eso, por eso. Digo que no es red, ni telaraña, digo entonces que es el tapiz que puede el telar; y con las pestañas duras y la retina seca el sueño no me llega porque no paro de preguntar.

Es que sin dudas hemos ganado algo con un aborto que es ley, sin dudas hemos dado un gran paso, hemos teñido el cielo de verde, la calles, los tapiales, las escaleras de edificios importantes también. Pero debemos saber que la ley aún se escribe con palabras chatas, que le falta, le falta mucho por aprender. Y quizá nunca aprenda, nunca entienda de abrazos tibios, palabras suaves, perfumes tenues, edredones calientes, sabores picantes y agradables, el aroma del mate que huele. La ley es ley, y está bien, pero siempre se viste mejor con el lenguaje de la ciencia, prefiere los guantes de latex y las chaquetillas de enfermera.

¿Y nosotras, nosotres, a qué marcas estamos dispuestas? Yo quiero una Amanda, una Rita, una Maia, una Gabi, una Eve, una Jose y una Irene también. Quiero de esas manos que saben de lo político, del amor, del deseo, de la opresión. Quiero ganarle cosas a esa entelequia que se dice Estado pero no quiero tener que entregarlo todo a cambio.

Quiero un cuarto...propio.

Tendrán que leer este libro para entender.

*Contame cosas*, le dijo Amanda a su hermana. Y Laura “mostró” la historia.